



REVISTA DE LIBROS

Relecturas

Rojas, Ricardo: *La Argentinidad. Ensayo histórico sobre nuestra conciencia nacional en la gesta de la emancipación. 1810-1816*, Buenos Aires, Librería La Facultad, 1916.

*Roberto F. Giusti**

Entre nuestros escritores, Ricardo Rojas es uno de los pocos que saben qué quieren y a dónde van. Su obra, en el periodismo, en el libro, en la cátedra, en la tribuna, ha sido constantemente y es, una propaganda por él más de una vez denominada “cívica y estética”, en pro del advenimiento de esta República de una civilización superior que sea el fruto de la cohesión espiritual del pueblo, de su memoria de la tradición de la raza y de la patria, de su conciencia territorial, de un ideal colectivo que engrandezca los esfuerzos individuales. Enemigo del cosmopolitismo materialista que caracteriza esta sociedad en formación, él entiende que hay que superar el ideal político de Sarmiento y Alberdi; no existe civilización sin claras normas éticas y estéticas, pero aquellos dos grandes, preocupados con los problemas de orden práctico que su época planteaba, no tuvieron tiempo para advertirlo. Su doctrina étnica, conjuntamente ibérica e indianista, y su orientación política, moral, estética, han ido tomando cuerpo a través de su predicación, sin que ningún libro de él haya dejado de aportar algún elemento a dicha construcción ideológica, ni siquiera los de puro esparcimiento artístico, por ejemplo *Los lises*

* Comentario aparecido en *Nosotros. Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales*, Año XI, No 94, febrero de 1917, pp. 254-264 (reproducido en *Crítica y Polémica*, Buenos Aires, *Nosotros*, 1917).

del blasón, donde se nos muestra en más de un poema el poeta civil, vibrante de emoción patria. De suerte que ya es factible, y sería útil, la exposición orgánica de su doctrina, que podrían dárnosla, con provecho para todos, o el autor, con más títulos y capacidad que nadie, o algún crítico inteligente y adicto. Porque no podemos considerar como tal exposición aquel primer manifiesto que fue en 1909 *La Restauración Nacionalista*, pues en él no hallábase aun completo y explicado en todas sus partes el pensamiento de Rojas; su creencia en el fundamento indianista de nuestra civilización había de aparecer más tarde, como también otros diversos desarrollos y ampliaciones del concepto inicial. Acaso sea llegado el momento más oportuno para aquella exposición, cuando Rojas publique su *Historia de la Literatura Argentina*, ya en prensa, de la cual son muy prometedoras anticipaciones sus bellas conferencias universitarias: conoceremos entonces en su integridad la estética nacionalista del joven y ya ilustre maestro.

En tanto, *La Argentinidad*, el libro sobre el cual me propongo escribir ahora, puede servirnos para ir determinando los criterios afectivos, lógicos e históricos que guían a este noble predicador de idealismo en su interpretación de nuestro pasado, fundamento necesario del futuro que él anhela construir.

Ricardo Rojas es una típica expresión de su raza. Si por sus venas corre sangre indígena — mucha o poca no sé— a grande honra él lo tiene, y con razón, como ya se enorgulleciera de lo mismo Rubén Darío: no otra cosa sino halagarlo puede, pues, mi aserto de que es él una típica expresión de su raza. Como tal, su alma de poeta, bajo los ropajes de la rica cultura humanista, de estirpe grecolatina, que la viste, se nos descubre informada por el sentimiento de un don vatídico y una misión sacerdotal. Sentimiento hereditario que arraiga en el oscuro misticismo de las razas autóctonas de América y cuya explicación, mítica o positiva, Rojas podría muy bien darnos. Alguna vez él nos habló de su “propensión druídica”, de la “emoción atávica y sacerdotal” que le humedecía los ojos de lágrimas; él se preguntó si el derrumbamiento de la Piedra Movediza (“la piedra sagrada”) no sería “una venganza de nuestros dioses o el anuncio de un gran castigo para su pueblo”, así como “veía en aquella piedra uno de los mayores signos de elección, entre tantos que la Providencia ha dispensado al territorio de nuestra patria”. Ningún documento más significativo de esta actitud espiritual que el notable artículo *La Piedra Muerta*, por él publicado el

1° de Marzo de 1912 en *La Nación*. El poeta, aquí realmente *vate*, cree que su pueblo está predestinado. Ponerlo en posesión de su conciencia y de su misión americana, sacarlo del envilecimiento de nuestra época, conducirlo a la realización de sus altos destinos, he ahí su empresa de vidente y de apóstol. Al primer objeto de los enunciados está destinado *La Argentinidad*, “ensayo histórico sobre nuestra conciencia nacional en la gesta de la emancipación — 1810-1816”. Nada más real para Rojas que las nacionalidades, engendradas por la fuerza inmanente de cada territorio y el sentimiento de solidaridad entre los hombres que lo pueblan; nada más efectivo que la nacionalidad argentina, “la argentinidad”: nacida “aquella fuerza armoniosa” en el lustro que va de 1810 a 1816, todavía “nos impele a completar la Independencia y a realizar íntegramente la democracia” (Prólogo). En este ensayo expone el autor la génesis trabajosa y contrastada de aquella fuerza; en otros libros anteriores y en los que vendrán, nos ha señalado y nos señalará las vías por donde marchamos empujados, también penosamente, al cumplimiento de nuestros altos destinos, porque, suceda lo que suceda, nuestro es el porvenir. “... Sobre los héroes discutibles y los hombres transitorios, veréis resplandecer entre los dioses inmortales, perenne como una estrella más allá de esas nubes, el numen imperecedero de la argentinidad” (Prólogo). Esto es, con otras palabras, la Idea realizándose en la historia. Los hechos sólo son los instrumentos para su realización. Oscurecida, extraviada a veces, no se apaga ni se detiene; a pesar de todos los eclipses y desviaciones, a poco vuelve a brillar radiante y a marchar segura. Esta filosofía de la historia que va buscando la Idea en el curso de los hechos, no es una novedad en el campo del pensamiento humano, aunque sí, si no recuerdo mal, en el de los estudios argentinos. Muy discutible científicamente, presenta en cambio no pocas ventajas en el orden artístico, al subordinar a un plan preestablecido aquel conjunto de factores por el cual pretendemos representar el pasado. Más científicamente discutible todavía, si del conjunto de factores por medio del cual el pasado se nos manifiesta, abstraemos uno solo y hacemos a un lado los demás, como precisamente ha obrado Rojas. Él no desdeña los restantes factores, lo declara; pero no los toma en cuenta: el que trae a primer término es el psicológico, “vale decir el factor humano por excelencia”, lo que equivale a rastrear en individuos y muchedumbres, “la argentinidad”, “la conciencia y el ideal de un pueblo nuevo”, el *deus ex machina* de nuestra historia.

No podemos decir que haga historia, y él mismo admite que se lo neguemos. Y sin afirmar que haga “literatura”, como él teme que se diga, nos queda por elegir si le llamaremos filósofo de la historia o sociólogo. La cuestión de si entre lo uno y lo otro hay diferencia, es ardua, y que yo sepa, al respecto aún no se han puesto de acuerdo los pensadores. Por mi cuenta observaré a propósito de Rojas: él nos quiere dar una explicación racional de la historia argentina, una fusión del proceso histórico con el proceso del espíritu, y a la luz de este último la visión del futuro. Esto es la filosofía de la historia y al modo metafísico. No tendría yo inconveniente en llamarlo a Rojas sociólogo, admitiendo que la Sociología haya podido recoger la herencia de la Filosofía de la Historia, si, aun imponiendo él a la realidad social la Idea, lo hubiese hecho en calidad e hipótesis y buscado luego su comprobación en los hechos. Pero no ha sido éste su método. Porque, si bien él declara que ni uno solo de los hechos que en este libro constan, ha pasado sin la escrupulosa comprobación “con los mejores documentos de nuestros archivos y según los métodos más seguros de la historia científica” (Prólogo), así mismo antes hemos visto que él no ha atendido sino a un solo factor. El método es arbitrario y apriorístico y la construcción deductiva; distinto sería el sociológico: aun guiado por la antedicha hipótesis, deberá reunir todos los hechos empíricos accesibles de la vida social, e inducir de ellos la ley, en la cual la hipótesis se vería o no confirmada. Y hay algo más. Yo juzgo que Rojas, quiéralo él o no, va más allá de una interpretación metafísica de nuestra historia; llega hasta una interpretación mística, que no otra cosa es su creencia en “los númenes divinos, los impersonales númenes de la naciente argentinidad, que van sembrando en el corazón del pueblo todopoderoso las providencias del momento futuro” (p. 378).

Más veremos ya en qué consiste “la argentinidad” y más específicamente en qué consistió aquel glorioso lustro inicial de la patria.

...No nació de la revolución, resplandeciente y serena como Pallas de la tempestuosa cabeza del padre olímpico; nació dolorosamente, y casi informe como la vida en su más vasto plasma inicial. Tuvo por núcleo a Buenos Aires... (p. 21).

Desde el principio es idea democrática en creciente realización y va definiéndose, igualmente trabada, pero siempre triunfante, así en la acción externa como en la interna de la revolución, a la vez sentimiento de autonomía nacional y de autonomía federal. Y si los próceres, los héroes, las minorías ilustradas, las oligarquías, las ciudades centralizadoras, por claudicación o por error, ex-

traviaron la ruta, el instinto de las masas corrigió los extravíos y llevó la Argentina donde debía, a su destino manifiesto: “la democracia, es decir, la independencia para la nacionalidad y la libertad para el individuo, pero dentro de una estricta solidaridad americana” (p. 412). El crítico no tiene por qué seguir al autor en todos los pormenores de este doble proceso. Al estudiarlo, el autor nos muestra que en él Buenos Aires no representó la tendencia más clarividente; pues si fue la cuna de la revolución, también significó en los primeros años, con su oligarquía naciente, la conservación del centralismo virreinal en la política interna, del “fernandismo” colonial en la política externa. Enfrente de Buenos Aires, de su conservadorismo y centralismo, están las provincias, que proclaman el ideal autonómico y federal aun en los más graves momentos. El autor rechaza por adelantado la tacha de antiporteño y no acusa a Buenos Aires de los errores de las oligarquías reaccionarias, antes bien, trata de explicarlos; pero entiende que la verdadera historia argentina ha de verse no ya desde la capital sino desde las provincias. Fijada la perspectiva, escoge su observatorio. Él mirará la emancipación del Río de la Plata desde la intendencia virreinal del norte, que es la que mejor conoce en sus fuentes documentales y en la realidad social, y más particularmente, desde Jujuy, cuyo archivo capitular estudió y publicó en 1912 acompañado de páginas ilustrativas ahora refundidas en este libro. Pone, pues, enfrente de Buenos Aires a Jujuy y su cabildo, como encarnando en éste la genuina representación de la argentinidad en medio del caos de ideas y propósitos que sobrevino al 25 de mayo. La integridad del credo revolucionario fue salvada por los cabildos provincianos, y la historia de Jujuy nos lo va a demostrar. Un jujeño fue el mejor intérprete de la argentinidad en aquel agitado período: Gorriti. El y los diputados de las provincias “poseían los principios esenciales de la revolución: soberanía de los pueblos, gobierno representativo, división de los poderes, igualdad de las ciudades, unidad de la nación, respeto de los ciudadanos electos y de la opinión pública. No fue el federalismo liberal quien trajo la anarquía a Buenos Aires; fue el unitarismo reaccionario quien la sembró en el país” (p. 112). El unitarismo: Rivadavia, el primer Triunvirato, Buenos Aires. Todo eso se descubre en los papeles de Gorriti. El autor rechaza las fórmulas que explican nuestra historia por medio de las conocidas antinomias entre provincianos y porteños, civilización y barbarie. Él opone al viejo régimen que reposaba sobre el monopolio, el centralismo y la aristocracia, el nuevo, fundado en la libertad económica, la libertad regional, la libertad individual. El movimiento de Mayo fue descentralizador, democrático y liberal; por ese ca-

mino se produjo el proceso histórico, separando, después de la armonía inicial en que todos los pueblos coincidieron, al Río de la Plata de España, a las capitales de intendencia de Buenos Aires, a las ciudades subalternas de las capitales de intendencia. “Fue el antagonismo entre los que querían conservar en beneficio propio una parte del viejo régimen y los que no querían conservarlo” (p. 137). En este desenvolvimiento antagónico el autor va plantando jalones. La *Representación* del 4 de Mayo de 1811, en que Gorriti, contra el establecimiento de las juntas gubernativas para el interior, abogaba por la libertad de los municipios; el *Reglamento Orgánico* de 22 de Octubre de 1811, que dividía en tres poderes el gobierno de las Provincias Unidas; el juramento efectuado por todas las clases sociales, en Jujuy, el 25 de Mayo de 1812, de la bandera creada por Belgrano en Rosario, ya vuelta símbolo de la argentinidad; el derrocamiento de Rivadavia en 1812; la circular del 24 de Octubre del mismo año, en que el Segundo Triunvirato convocaba a elecciones en los cabildos; la obra de la Asamblea del año XIII; las *Instrucciones* que en Diciembre de 1812 dio Jujuy a su diputado Vidal, “que contienen lo más generoso de nuestra doctrina revolucionaria”; y por último, en el período que estamos estudiando, el Congreso del año XVI señalan los pasos de la tendencia emancipadora, liberal, federal, igualitaria, en una palabra, argentina. La disolución del Congreso en 1811 y la expulsión de los diputados provincianos; en 1812, el rechazo de la bandera y las resoluciones del Primer Triunvirato; más tarde el directorio de Alvear, señalan los pasos de la tendencia despótica, conservadora, centralista, oligárquica, en una palabra, colonial. Ambas, con sus alternativas y vaivenes representan la marcha vacilante de la Revolución.

Todos estos acontecimientos los estudia Rojas por menudo, valiéndose de una abundante documentación, en gran parte personalmente investigada o descubierta, pero buscando en el proceso histórico la concatenación de los hechos y las fórmulas generales que corroboren su doctrina y se subordinen a su plan. Así, doctrina, plan y exposición, vienen a constituir un todo orgánico que se impone al espíritu persuasivamente. Es incontestable que él ha estudiado, documentado y desenvuelto muy bien la génesis de la argentinidad y sus caracteres: en el vasto cuadro cada suceso ocupa su plano, cada figura su lugar, y han sido hábilmente calculados los contrarios efectos de luz y sombra. Hay que sobreponerse a esta primera impresión de conjunto para preguntarse si el cuadro responde a la realidad pretérita; si el espíritu sistemático con que el autor ha concebido aquel período histórico no le habrá hecho, sin que él mismo lo notase, realzar ciertas figuras y su-

cesos, eliminar otras y otros, recargar o atenuar tintas, incurrir en artificiosas contraposiciones, No quisiera que estas mis palabras fuesen más allá de mi pensamiento. No es Rojas un espíritu simplista que divida a los hombre de la Revolución en ángeles y demonios; si disiente de la obra de algunos, consiente en que ambos bandos marchaban tras un ideal; coincidente con el de la nacionalidad el de los unos, Moreno, Gorriti, Monteagudo, demócratas integrales que cimentaban la realidad política sobre los cabildos y las fuerzas que de éstos emanaban; extraviados por exóticas teorías otros, Saavedra, Funes, Rivadavia, oligarcas o demócratas a medias que pretendían construir el estado de acuerdo con una organización jerárquica de poderes y clases. Y a ninguna intención deja de rendir homenaje y hacer justicia, ni siquiera a Artigas, cuya fuerte individualidad de clara admirar, aunque repútale equivocado e inadaptado a su momento histórico.

No; no cabe ver en *La Argentinidad* irreducibles inquinas contra hombres y pueblos. No lo mueve al autor contra Buenos Aires, de cuyos elementos liberales exalta la acción, un provincianismo exacerbado; no contra los pueblos que se segregaron del Virreinato, un enconado argentinismo. No lo inspiran ni guían odios personales o regionales, sino ideas políticas. Íntimamente convencido de la función democrática y descentralizadora de los cabildos, al igual de Estrada, al igual de Francisco de Ramos Mejía, condena todo lo que se opuso a su acción histórica; y como ésta pudo desarrollarse libremente sólo en las ciudades de provincia —y en las menores más que en las grandes, porque allí no la constreñían y ahogaban otras instituciones más prepotentes—, en las pequeñas ciudades, en La Rioja, Jujuy, pone Rojas la salvación del credo revolucionario. Plantea su explicación arbitraria y finalista de la historia argentina; se dice: Ya estaba en los designios de la Providencia que la República fuese libre, federal y democrática; y donde encuentra, en los papeles, cartas, proclamas y constituciones, un germen de libertad, de autonomía de las partes y de igualdad civil, nos lo señala como el conductor de los acontecimientos.

En el fondo esta historia política es tiránicamente determinista, pues parte de lo que *es* para establecer que no pudo ser de otro modo. De acuerdo: la realidad presente salió del seno de la realidad pasada. Pero ¿es la realidad presente la que Rojas cree, fue la pasada la que él nos demuestra por alguno de sus aspectos aislados y superficiales? Aquí entra su apriorismo teleológico. El cree que lo presente es A y hacia A hace converger todas las fuerzas vivas de nuestra historia, enseñán-

donos como pruebas los documentos en que A aparece. A es el carácter que él cree descubrir en nuestra civilización actual: “la argentinidad”, la Idea; “la argentinidad”, la Idea, presiden por lo tanto la historia de nuestra emancipación desde los orígenes. Su filosofía de la historia es finalista; pero ha sido concebida partiendo del punto de llegada. Explica lo que fue por lo que es, y lo que es, tal como al autor se le aparece. El criterio es subjetivo. Lo objetivo y lo científico sería partir de lo que fue para establecer lo que es. “En la actualidad, ¿qué es Francia? —se preguntaba Taine en el prólogo de los Orígenes de la Francia Contemporánea—. Para responder a esta pregunta es necesario saber cómo se ha constituido, o lo que es mejor, asistir como espectador a su formación”.

¿Es este el método de Rojas? No. “¡Cuánto tiempo, cuántos estudios, cuántas observaciones rectificadas unas por otras; cuántas indagaciones en el presente y en el pasado, en todos los terrenos del pensamiento y de la acción; cuánto trabajo multiplicado y secular es necesario para adquirir la idea exacta y completa de un gran pueblo que ha vivido la edad de los pueblos y que vive aún!” —exclamaba Taine. Y agregaba: “Mas este es el único medio de no edificar en falso después de haber razonado en balde...” Muchos documentos ha estudiado Rojas, pero exclusivamente papeles políticos; ha detenido por consiguiente su atención en una de las capas más superficiales de la estructura social; y nada ha dicho de los elementos étnicos, condiciones geográficas, relaciones económicas, formas jurídicas, influencias filosóficas y literarias, etc. Por haber nacido en la comarca donde él pone las fuerzas vivas de “la argentinidad”, en la cual también nacieron sus padres y abuelos, supone que haya podido “sentir atávicamente la verdad”, luego “por eso documento reconstruida” (Prólogo). Intuición ésta que puede responder a la verdad o no responder. Por mi parte —y tácheseme, si se quiere, de escéptico, de descontento, de no patriota— dudo que responda a la realidad presente. Dudo que hayamos realizado la democracia integral. Dudo que sea cierta la autonomía de las partes en el organismo nacional. Dudo que sea libre el individuo en el municipio, éste en la provincia y ésta en la nación. Dudo que la argentinidad, a fin de realizar aquella democracia, no desdeñase “indios, ni negros, ni españoles, ni europeos: de todos ellos formó su progenie; y no se rindió ni a tronos ni a tiranos, a ejércitos ni a privilegios: en contra de ellos levantó su ideal, que era el del hombre redimido” (p. 412).

¿Y si así no fuese? ¿Si creyéramos que la Argentina pudo ser mejor? ¿Si las ideas abstractas de Moreno, de Gorriti y de Monteagudo, nos dijesen que pudo ser mejor? Hay que explicar por

qué es lo que es y explicarlo por medio del pasado, buscando las causas en todos los aspectos de la realidad social. Necesitamos para ello muchos libros del carácter, verbigracia, de *El Federalismo* de Francisco Ramos Mejía, del *Estudio de las guerras civiles argentinas* de Juan Álvarez, del *Gobierno Representativo Federal* de José Nicolás Matienzo; investigaciones objetivas e imparciales acerca de la realidad geográfico-social, económica, política, a base de áridas estadísticas, si es necesario.

A través de ingenuas manifestaciones patrióticas como la jura de la bandera en 1812 por el pueblo de Jujuy; del juego subalterno de la política de los cabildos, juntas y congresos; de las vagas elecciones de un siglo atrás; de las constituciones y estatutos muertos al nacer, no alcanzaremos a ver la explicación del futuro. Sí puede verla quien sobre el futuro tenga ya formado su juicio.

Y quédame todavía por hacer una objeción. El presente es hijo del pasado, concedido; pero ¿estaba escrito que así fuese ese pasado? ¿No admite Rojas en él lo contingente? ¿No pudo torcerse el rumbo de los acontecimientos? Podríamos divertirnos en conjeturarlo, en cualquier período de nuestra historia, al modo como Renouvier lo ha hecho con respecto al Imperio Romano en su admirable *Uchronía*. En ese caso el presente podría haber sido otro, y entonces ¿sería para Rojas lo mismo que es hoy “la argentinidad”? ¿La vería marchar fatalmente hacia su destino manifiesto desde el primer lustro de la emancipación?

Dejar constancia de estas divergencias no significa restarle al libro, no ya su valor artístico, sino tampoco su valor práctico. Yo tengo fe en el porvenir espléndido que le está reservado a la Argentina por el esfuerzo de sus habitantes; pienso sin embargo que podría la Argentina ser más y mejor de lo que es. Después de un siglo de vida independiente y democrática, no veo todavía al hombre redimido en este suelo admirable que debiera ser el pan y el hogar para todos los desamparados del globo. Si me es lícito confiar en mis lecturas, me permitiré afirmar que las democracias australiana y neozelandesa, más nuevas, han realizado más y llegado más lejos en el sentido de asegurarle a cada ciudadano, medios de existencia, libertad, seguridad individual, solidaridad social. Ricardo Rojas, aunque entristecido a veces por nuestros vicios colectivos, generalmente ve las cosas desde más alto, y como poeta contempla líricamente a la Patria en imagen, pura, armoniosa y perfecta, tal como la anhela, tal como la sueña. Así, poeta al fin, ha podido cantar sin escrúpulos, en Tucumán, en el pasado mes de Julio, las gestas de la Patria y referir su culto solar. Yo,

atado por la prosa de la vida, no hubiera podido glorificar la redención del hombre en la provincia donde aún gobierna una oligarquía vergonzosa y vegeta miserablemente en la ignorancia y el embrutecimiento todo un pueblo. Sin embargo, es útil, es necesario que junto a los hombres los cuales, preocupados con los problemas prácticos, se afanan por elevar el nivel de la vida y cultura individual y colectiva, haya los poetas que canten como si ya fuesen, las cosas que debieran ser. Tal vez su obra ejerza sobre los espíritus una sugestión benéfica y contribuya a encaminarlos hacia el bien, la belleza, la justicia, a donde, por otras vías, también se encaminan los hombres prácticos. En este sentido, *La Argentinidad*, con su idealismo pragmático, es un noble libro. Lo ha escrito un poeta, que en la acción política de los hombres de hace un siglo ha percibido las semillas fecundas del ideal democrático, cuyas germinaciones posteriores, precarias o no, todos bendecimos; lo ha escrito con rigurosa buena fe en cuanto al empleo de los documentos probatorios, con arte paciente en cuanto al desarrollo de la tesis, dando por fondo, a la manera de Mitre, el movimiento colectivo de la historia, a las figuras representativas de Belgrano y Gorriti; lo ha escrito con claridad y lógica en la narración y argumentación, con brío y sobriedad en la sinopsis y síntesis, con colorida dramaticidad en las evocaciones de los hombres y escenas, con feliz elocuencia en los arranques oratorios que la pasión polémica y el genio de su raza, del cual ya dije ser él típica expresión, le inspiran. Es decir: un libro muy vario en su orgánica unidad, que participa de la historia, del alegato político, del discurso oratorio, del poema.